

JUAN, EL INSPECTOR

Juan era casi amable. Le gustaba mofarse de los defectos de los demás y luego arrojaba chistes al aire como pidiendo disculpas o para que nadie interpretara su ácido sentido del humor como algo personal. Digo que era casi amable porque, además, era inspector y hediondo. Cuando entraba en acción, por ejemplo, en un local de ropa de mujer, intentaba seducir a las vendedoras obteniendo siempre el efecto contrario. Juan era tan feo por dentro como por fuera. Sus dientes no coincidían con el tamaño de su cavidad bucal. Sus bigotes estaban siempre grasientos como el pelo que pegaba contra su cabeza con una especie de gel espantosamente perfumado. Sus anteojos estaban unidos con cinta aisladora. Pobre Juan, mientras escribo me acuerdo de su ingrata presencia y me dan ganas de mofarme de él. Era ingrato verlo y escucharlo. Ceceaba y hacía el chiste: "es que mis padres eran españoles", a la vez que se reía mostrando la dentadura que de tan espantosa, no me animo a seguir describiendo por temor a que el lector decida abandonar mi historia.

Lo conocí en una de esas inspecciones estúpidas y casi siempre fallidas, como su amabilidad. Era tanto el ímpetu que ponía en caer bien, que se olvidaba para qué había entrado al local y terminaba comprando cualquier cosa. Con los años, tanto yo como el resto de los empleados de los negocios de la cuadra, le teníamos una especie de aprecio. No había mucho para ser apreciado en verdad, aunque cada vez que terminaba la inspección surgía alguna anécdota que merecía ser contada y nos hacía el día, era eso lo mejor que Juan nos dejaba.

Un sábado a la tarde, lo crucé en el supermercado más grande de la ciudad. Lo vi enseguida, era difícil no verlo. Me escurrí entre las góndolas y al pasar entre esa cruz de pasillos que se arma en las esquinas, caminaba rápido y daba la vuelta hasta meterme en otra góndola, porque aumentaba el riesgo de enfrentármelo. Ya me imaginaba siendo saludada por Juan y muerta de vergüenza, porque claro está que si por mí fuera no lo saludaría ni siquiera con mi mente. Pero el destino nos unió en las cajas. Yo en la fila dos, él en la tres. Paralelos, con la misma cantidad de personas delante de nosotros. Se me habían acabado los escondites y ya lo podía escuchar cecear, oler su roñoso gel y escuchar el llavero con una cantidad incomprensible de llaves bambolearse de un lado a otro, sostenidas con un gancho enorme de la presilla de su pantalón color caqui. El momento había llegado, me había visto, mientras tanto yo hacía mi último intento por evadirlo mirando de cerca todos y cada uno de los productos exhibidos en la línea de cajas, esos que son chiquitos, caros y, a veces, tentadores. Intentando abotonarse el chaleco, dio los pasos fatales a la vez que en voz demasiado alta me saludó con un "buenas tardes, qué lindo verla tan seguido". Así, sin signos de exclamación porque para mí fueron palabras planas, horripilantes. De inmediato la gente delante de mí huyó hacia otra fila al igual que las personas que me seguían. Me quedé sola con Juan, el inspector. Juan, el babeante inspector que secaba su barbilla con el puño, arrastrando su saliva a toda su cara me saludó con un beso en la mejilla. Empecé a sacar mis cosas del carrito para que me cobraran e irme cuanto antes. Pero la cajera también se había ido, el hedor de Juan abarcaba un radio de cinco metros. Él llevaba en la mano un canasto, de esos que son para compras pequeñas. Pude ver, mientras volvía a guardar lo que había comprado en mi carrito para cambiarme de fila, que en su canasto

Llevaba calzoncillos y medias únicamente. Lamento mucho mi condición de humano con imaginación. Voy a obviar la parte donde visualicé a Juan en calzoncillos y también donde imaginé los que irían al lavarropas o a la basura, sin mención de las medias. Como dije antes, prefiero que el lector siga adelante y no se descompense. Juan se alejó por fin, se había dado cuenta de que no me interesaba en absoluto su presencia, menos aún su charla. Al caminar hacia la caja autoservicio, esa en la que con una pantalla y un lector de códigos de barras te atiende mejor que un cajero; vi a los clientes abandonar sus carritos y correr hacia la salida a medida que Juan avanzaba. Se vaciaron las cajas y no quedó ni una cajera. Por más que haya evitado el contacto visual desde una punta a la otra del supermercado, Juan me ofreció pasar mi compra junto con la de él, la cajera que le había tocado había ido al baño y volvía enseguida. Le dije que no, que no había terminado todavía de comprar, giré mi carrito como quien saca el auto arando y me escurrí nuevamente en las góndolas. Lo piseé de lejos, asomando lo mínimo indispensable mi mirada hasta asegurarme de que se había ido. La gente volvió a entrar, y el personal de limpieza procedió a higienizar el piso y las cajas por donde el babeante inspector había estado. Me sentía feliz y hasta maníaca, así que seguí comprando. Hice la fila, me cobraron, mi tarjeta tenía disponibilidad, la cajera fue amable, sabía qué números ingresar para pesar las verduras, todos los códigos eran legibles, las bolsas se abrían fácilmente y sus manijas no se rompían. Caminé por el hall principal hasta la salida con la sensación de un campeón olímpico. Pensando en contar, al día siguiente, la anécdota a mis compañeros, me ubiqué en la parada de taxis, se subió el pasajero que estaba delante de mí, llegó otro taxi y... jamás imaginé semejante sorpresa al abrir la puerta.

"Es que tengo este rebusque también, ¿viste? ¿A dónde te llevo, linda?"